



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

IMPRESIONES DE UNA MOSCA.

Los hombres miran con indiferencia, cuando no con odio y mala voluntad, á las moscas.

Como si ellos no fueran muchísimas veces mas moscas y mas moscones que nosotras.

Perdonen VV. el *mas mos* repetido en los renglones anteriores, que al cabo una mosca no está obligada á escribir con correccion, ni hay, que yo sepa, Academia de moscas, aunque haya algunas moscas en la Academia.

La mision de la mosca en el mundo es importantísima, y preciso es confesar que la cumplimos soberanamente bien.

De las moscas no se libra nadie.

Las moscas entramos en todas partes.

Si las moscas publicáramos libros, como los publican algunos literatos moscas, gracias, á la misericordia de Dios que los consiente, y á la benevolencia del público y al bombo de los periódicos, podríamos escribir las mas curiosas historias, los mas bizarros cuadros de costumbres contemporáneas.

Nosotras todo lo sabemos, todo lo olemos, todo lo vemos, en todas partes nos introducimos, ni mas ni menos que las moscas de levita, que á sus cualidades de moscas, deben los ascensos, las diputaciones y otros honores, preeminencias y adelantamientos, que no podrian alcanzar, á no ser por su semejanza en lo moral con nosotras.

Una mosca que sea un poco pegajosa, zumbona y malintencionada, puede echar por el suelo al orador mas grandilocuente con solo ponerse en las narices del orador, que se la sacude una, dos, tres, cuatro, cinco veces, pero que á la quinta pierde el hilo del discurso, y en lugar de pensar en la manera de apretar los tornillos del torno en que se esponen los *hijos de nadie*—(antes periodistas)—no piensa ya mas que en la mosca, en que la mosca no se le va en que le vuelve la mosca, y comienza á decir desatinos, por los que luego le critican los periódicos, y que no hubiera dicho acaso sin la pesada influencia moral de la mosca.

Un pretendiente necesita gastar diez duros en zapatos ó botas, y un enorme capital de tiempo y paciencia para conseguir una palabra de consuelo y esperanza, y una mosca no necesita nada de eso para tomar asiento sobre la misma mesa de un ministro, aunque las moscas no nos sentamos,—y hasta so-

bre los expedientes; y aunque el ministro nos espante volvemos una y otra y otra vez, á reirnos de él en sus barbas, dado caso que las tenga.

Mientras un derretido amante, derretido por el amor y por el sol, espera en una esquina la suprema dicha de ver la punta de las narices de su amada, que se asoma por entre las persianas á consolarle, nosotras entramos en la estancia de la deidad, y la arrullamos; y la besamos en la cara, en los hombros, en las manos, y sentimos los latidos de su corazóncito, y asistimos á su *toilette*, y la vemos en enaguas y miriñaque de jaula, que así está una mujer poética en estremo.

Hace un calor que abrasa; los que no tienen el dinero de sobra para poder emplearlo, en dos ó tres horas de coche, sudan el quilo por esas calles, y se esponen á coger un tabardillo, y á que se les frian los sesos en la cabeza, que es donde creo que estan; pero una mosca toma, es decir, se mete en el primer coche que encuentra, sea de quien quiera, y allí vá á la sombra, oyendo lo que hablan de sus maridos las señoras,—si son señoras las que le ocupan,—y viendo qué cuenta dan de la fortuna de los citados maridos en las tiendas que recorren, u oyendo hablar de política y de negocios limpios ó sucios, que de todos hay, ó de caballos, ó de mujeres que no son las propias,—si pertenecen al sexo feo los que van en el carruaje,—con lo cual se instruye extraordinariamente en lo bueno y en lo malo, y en teniendo algunos dias de estudio sabe mas de filosofia y de lenguas que el mas insigne catedrático, y está en disposicion de reemplazar al mismísimo M. Renán en la catedra de la que le han despojado por sus impiedades.

Y cuando una mosca se siente malucha, alicaída, triste,—porque esta atmósfera de Madrid hace daño hasta á las moscas,—no se apura porque sus quehaceres ó su falta de dinero le impidan ir á cambiar de aires, porque se mete en la diligencia ó en el wagon, de primera clase, por supuesto, y allí vá donde vaya la diligencia ó donde vaya el wagon, ó se queda en el sitio que mejor le parezca. Y en las estaciones donde hay fonda y está la mesa puesta, salta de plato y plato, y pica de todo, y los pica á todos, y se alegra, se rejuvenece y se pone buena, y se vuelve lozana en otra diligencia ó en el tren del correo.

¿Qué mosca le habrá picado? se dice cuando se vé á un hombre de mal humor, es decir, que de una mosca que pique oportunamente puede depender la

declaracion de una guerra, el porvenir de una nacion, la vida de miles de hombres.

¿Cuántas moscas le habrán picado al general Mourawieff!

¿No será tambien la picadura de una mosca la que puso de mal humor á don Candido, cuando éste respetable caballereito nos llamó *hijos de nadie*?

En testimonio de la innegable importancia de las moscas, basta decir que el hombre, el animal mas grande, hermoso é inteligente, ha tomado por modelo á la mosca, en lo de ser pesado, en lo de acudir á la miel,—y ¡ahí es nada la miel á que acude el hombre!... ¡la miel del presupuesto!—en lo cócora, y sobre todo en el afan de aburrir, incomodar y desesperar al prójimo.

¿Y no ha dado el hombre nuestro nombre á cuatro pelos que suele dejar debajo del lábio inferior?—Eso es que le halaga llevar una mosca, que una mosca es una cosa bonita y necesaria.

En boca cerrada no entran moscas; los hombres repiten este axioma, y abren la boca al mismo tiempo, de manera que el único sitio donde las moscas no entráramos, nos ha sido abierto ya por la murmuracion, por la vanidad, por el afan de figurar, por la política y por el presupuesto.

Hoy no puedo escribir mas porque mis ocupaciones no me lo permiten; voy á buscar el *ómnibus* que vá á los Campos Eliseos, que desde hoy he resuelto comer en aquella fonda y asistir á los baños, que ya cuidaré yo de no entrar en los cuartos donde vea viejas arrugadas, y aun sin arrugar, y hombres feotones y con todo género de lacras y desperfectos.

LAS MADRES ABANDONADAS.

Entre todos los seres desgraciados, ninguno lo es mas que la madre abandonada.

Entre todos los culpables, ninguno lo es quizá menos que la madre abandonada.

La ley castiga lo mismo al asesino que al miserable que arma su brazo y lo induce al crimen. El castigo es justo.

La sociedad castiga cruelmente en la mujer el pecado del hombre: la sociedad sería justa si castigase la culpa, imponiendo la mayor pena al fuerte, sin el cual no hubiera podido ser culpable el débil.

Demostraré esta verdad.

La mujer vé en el hombre su apoyo, su guia, su porvenir; aprende que ha nacido para ser su com-

pañera, para respetarle y amarle, para alentar su espíritu en las tormentas de la vida, para ser madre de los hijos que han de heredar su nombre y su honra, para enseñar a sus hijos las virtudes de su padre, para dar al hombre el hogar y la familia.

El hombre que nace de la mujer, que debe la vida a la mujer, que cuando niño le cuida y le educa, cuando hombre le ama, y cuando anciano le cuida también, y le respeta y le sufre, sabe que la mujer no tiene mas patrimonio que su virtud, ni mas esperanza que el amor del hombre, ni mas porvenir que el apoyo del hombre, ni otra recompensa que el amor y el respeto de sus hijos.

Y el hombre, que sabe todo esto, es el enemigo de la virtud de la mujer, el que la quita todo apoyo y toda esperanza, el que la abandona vilmente en medio de una sociedad que abre sus puertas para el fuerte que se hizo verdugo del débil, y las cierra para la víctima, cuya falta consiste en no haber sido tan criminal como el que le mostró el camino que conduce al mal, aparentando conducirla por el camino del bien.

Merecerá perdon el hombre que, abandonado de sus semejantes y al sentirse morir de hambre y ver morir a sus hijos, se arma de un puñal, y sale a sorprenderlos, y a robarlos para vivir él y sus hijos un día más; lo merecerá el que humillado, insultado, escarnecido, provocado por otro, le desgarró el corazón en un momento de ciego furor; lo merecerá el hombre honrado que convencido de la ingratitud de una esposa infiel y desnaturalizada madre, la ahogue entre sus brazos; pero merecerá perdon el que roba el honor de una mujer—que no le ha hecho otro mal que amarle y considerarle hombre honrado, y la paz a un padre anciano, orgulloso de la virtud de su hija,—y la abandona al desprecio del mundo, dejándole para toda su vida otro ser inocente y abandonado también, que no tiene mas culpa que la de haber nacido?...

Pues entre los hombres honrados viven esos hombres tan culpables como el ladrón y el asesino, que la sociedad justamente agraviada mata ó aleja de su seno.

Y esos hombres hallan mujeres honradas que admitan un nombre, negado á otras mujeres, que fueran honradas también!...

Quizás, cuando muere alguno de esos hombres, padres de hijos que no los han conocido, que tal vez imploraban la caridad pública en tanto que ellos gozaban próspera fortuna, la sociedad escribe en la lápida de su sepulcro:—*Hombre honrado, buen esposo, buen padre.*

Tal vez el hijo abandonado de ese buen padre, al leer aquella lápida, vierte una lágrima abrasadora y siente oprimido su corazón, considerando qué felices son los hijos que conocen á sus padres, bien ageno seguramente de que aquel buen padre es el mismo padre desconocido que halló en su vergonzosa fé de bautismo.

Pocos hijos vereis abandonados de sus madres, pero ¡cuántos hay abandonados de sus padres!

Es verdad que ningun amor iguala al amor de madre; porque se necesita toda la abnegación de ese amor, todo el valor que dá á la mujer una caricia, una sonrisa, una lágrima del hijo de sus entrañas, para resignarse á vivir una vida de horribles desengaños y tristísimas memorias, para presentarse en el mundo señalada con el sello de la infamia, para consagrarse á velar por un ángel, que será hombre después y pedirá á su madre tal vez cuenta de su honra, ó mujer, y no hallará un hombre que quiera dar su nombre á la que ninguno tiene.

¡Oh! no es bien nacido, ni puede tener alma generosa y corazón sano, el que se atreva á ofender á una madre abandonada!

¡Pobre madre la que tiene que sufrir la humillación de recibir del mismo ladrón de su honra una limosna para su hijo abandonado!

La ley suele obligar á un padre á que dé una limosna á su hijo; la ley debiera obligarle á merecer en largos años de soledad y remordimiento el favor de que la madre y el hijo abandonados aceptasen su nombre.

Alfonso Karr ha escrito dos bellísimas páginas, que titula *Les filles-mères*: copiaré uno solo de sus párrafos:

«Es una crueldad, dice el espiritual novelista, que una mujer burlada, que se decide á ser á la vez padre y madre de su hijo, á trabajar día y noche para sostenerlo, á no comer si es preciso para que tenga que comer el hijo de su corazón; es una crueldad, repito, que esa mujer que se impone una obligación heroica, obligación de todos los días y todas las horas, esa mujer á quien todos deberíamos admirar y prestar decidido apoyo, sea rechazada en todas partes; humillada siempre, y siempre objeto de general desprecio.»

En todos los casos se ayuda al débil contra el fuerte, á la víctima contra el agresor; pero cuando se trata de una mujer engañada villanamente, la deshonra es de la víctima, no del asesino.

Algunos de esos hombres pretenden disculpar su

felonia con una lógica tan egoísta y asquerosa como irritante.

Reconvenido uno, á quien conocí, por haber negado su nombre á su hijo recién nacido, contestó que su clase, su categoría y las conveniencias sociales no le permitían acceder á tan justa pretensión.

Comprendo que haya un hijo que se avergüence de su padre, pero no que haya un padre que se avergüence de serlo de un ángel recién nacido.

Yo no hubiera vacilado en firmar para aquel hombre una sentencia de alejamiento perpétuo de la sociedad, seguro de que en su alma no había ningún instinto bueno y generoso.

Se le observó que por qué no honraba al hijo redimiendo á la madre, y el cobarde contestó que la desigualdad de clases era un obstáculo insuperable para semejante posición.

¡Es decir, que hay desigualdad de clases para honrar á una mujer, y no la hay cuando se trata de deshonrarla!

Si esta lógica es uno de los adelantos de la civilización, pareceme que no podemos estar muy orgullosos que digamos con nuestra civilización.

¡Es decir, que la mujer pobre no debe culpar de su deshonra al infame que vino á turbar la paz de su hogar y á llevarla por un camino desconocido para ella, sino á su pobreza, á sus padres honrados que no fueron nobles y poderosos y no la hicieron heredera de inmensos caudales, al Criador que la hizo nacer en la humilde cuna del trabajo y la honradez!...

¿Puede darse ley mas injusta, mas irritante?

¡Pobres madres abandonadas, educad á vuestros hijos, amados, porque son vuestros hijos, y porque son mas inocentes y mas desgraciados que vosotras!

Pensad que las leyes de Dios son mas justas, mas equitativas que las leyes de los hombres, que el amor que tenéis á vuestros hijos os purifica del amor que tuvisteis á sus desalmados padres, que la noble heroica acción que cumplís, en medio de la sociedad que se aleja de vosotras, es meritoria á los ojos de Dios, y que la Providencia, benigna con el que repara sus errores, es inflexible con el rebelde á la voz del deber y de la naturaleza. ¡Oh sí! ¡la Providencia castiga siempre al padre desnaturalizado!

¡Cuántos padres reconocen á sus hijos en la hora de la muerte!—Es que la voz del remordimiento no cesa en esos supremos instantes de clamar en su conciencia.

Antes de concluir quiero referir la historia de un loco, que murió no há mucho tiempo en un hospital fuera de Madrid.

Don Pablo, que así se llamaba, había quedado huérfano en los primeros años de su vida en un pueblecillo de la costa y al cuidado de una honrada familia de pescadores. Criado á orillas del mar, se aficionó grandemente á la azarosa y noble profesión de la marina, y á los diez y nueve años hizo su primer viaje á las Antillas, á bordo de un navío mercante, siendo tantas y tales las pruebas que dió de arrojo y pericia, que pocos años después, una de las casas mas fuertes de Cádiz le confió el mando de un buque que hacia las travesías mas peligrosas.—En uno de los viajes que hizo el jóven marino, tuvo ocasión de hallar en una pobre aldea, oculta entre peñascos enormes y elevadas montañas, una niña, inocente como el sueño de un niño y hermosa como la virtud, de quien se enamoró locamente y á quien logró inspirar un amor tan puro como sincero y desinteresado.

Durante un año, todos los meses hizo una visita á la enamorada aldeana, que nada le pedia, nada mas sino que nunca la olvidara y nunca pasara por cerca de la aldea sin bajar á decirle: «¡Aun te amo, hija mía!»

Pe... marino, asó una vez á lo largo, por delante de las montañas que ocultaban la aldea, y el mes siguiente pasó lo mismo, y el otro también.

Uno de los comerciantes dueños del buque, le había casado con su hija, mujer mas rica que hermosa.

Don Pablo dejó el mando del buque, y se hizo comerciante, y armador, y no sé cuántas cosas mas; pero una sombría tristeza nublabá constantemente su semblante, y su carácter, antes franco y expansivo, se tornó tético, receloso y duro.

Atribuíanlo las personas que le rodeaban á la vida tranquila y sedentaria en que había entrado, tan opuesta á la vida de marino, que tan bien le había probado desde niño.

Don Pablo no amaba á su mujer, y esta, por su parte, no dejaba de conocerlo; así es, que sin oposición de ningun género, volvió don Pablo al mar, dejando en la ciudad á su esposa y á una hija que tenían.

Viajó durante catorce años, recorriendo los mas lejanos países, y volvió á Cádiz, cuando recibió la noticia de la muerte de su mujer, que dejaba una hija de diez y ocho años, por quien él debía velar.

Su melancolía no había desaparecido en catorce años de caprichosos y variados viajes; siempre estaba sobresaltado, se creía muy enfermo, hablaba frecuentemente de la proximidad de su muerte, y todos los días encarecía á su hija sus deseos de casar-

la pronto, para que al morir él, no quedara sola en el mundo, espuesta á mil peligros y á mil ase-

chanzas. Su hija tenía ya elegido dueño para su corazón; pero don Pablo, que nada sabía, la destinaba á un pobre y honrado jóven, hijo de un antiguo compañero suyo.

Cuando habló á este de su proyecto, descubrió el secreto de su melancolía incurable.—«Diez y nueve años hace, le dijo, que cometí una villanía, abandonando una pobre niña para casarme con la madre de mi hija; desde aquel día, no he tenido un solo día de tranquilidad; por donde quiera que voy, me sigue la sombra de aquella desventurada.... Quiero casar á mi hija, porque una vez, que debe ser la de mi remordimiento, me dice que me amenaza un terrible castigo y á mi hija una gran desgracia. Puede ser que esto sea una preocupación, pero es una preocupación que hará horrible mi agonía.... si en la hora de mi muerte no veo á mi hija esposa de un hombre honrado....»

Un mes despues preparábase la boda de la hija de don Pablo: este parecía mas satisfecho, mas tranquilo; el presunto novio no cabía en sí de gozo; se había gastado un dineral en regalos y alhajas para la novia; su padre le había comprado una preciosa casa de campo, en la que debía celebrarse la ceremonia.

Llegó la víspera del día de la boda, y ambas familias, testigos, convidados, etc., se trasladaron á la casita de campo.

Pero amaneció el día señalado, y todos se presentaron, menos la novia, quien tuvo la atención, para evitar suposiciones y conjeturas, de dejar una carta escrita en estos términos:

—«Perdóneme V., padre mio; amo á otro hombre, y huyo con él hasta que V. consienta en concederle mi mano.—Usted es muy bueno para mí, y querrá mi ventura.»

—¡Oh! ¡la Providencia! exclamó don Pablo al concluir de leer la carta; y salió desesperado, sin saber adónde iba, al jardín, que daba entrada á la casa de campo.

Y al ir á abrir la verja, una mujer ciega, apoyada en otra mucho mas jóven y estremadamente hermosa, se acercó diciendo:

—«Señor, una limosna por Dios; para esta pobre madre abandonada!...

Don Pablo se estremeció, fijó los ojos en aquellas dos mujeres, y tendiendo sus brazos hácia ellas, cayó hiriéndose el rostro con un hierro de la verja.

La voz de aquella madre abandonada era la misma voz del remordimiento que clamaba en la conciencia del marino.

La pobre madre estaba ciega, y no pudo conocerle; la hija no había sabido nunca dónde estaba su padre.

La Providencia castigó á aquel hombre, privándole de la razón.

Los pocos años que estuvo en la casa de locos lo pasó llamando «¡hijos míos!» á cuantos niños veía, y arrodillándose delante de todas las mujeres.

VICIOS SOCIALES.

LA BARAJA.

¿Cuál es el libro mas leído de todos los publicados en el mundo desde el siglo XV acá?

El libro de las cuarenta hojas, amigo lector; la baraja por otro nombre.

¡La baraja!

Riome yo del valor de todos los héroes del mundo comparado con el que necesita quien se dedica á leer en ese libro, y á leer lo contrario de lo que leen otros dedicados con igual afán que él á tan honrado oficio.—Un hombre con una baraja en la mano es capaz de todo, absolutamente de todo; él podrá, al dejarla, caer mal trecho y derrotado, pero mientras la tenga, ella le prestará fuerzas para sufrir todos los golpes que se le asesten, y defenderse él solo contra todos los que le combaten.

Has de saber, lector amigo,—y perdona la franqueza,—que en la casa de mi patrona vivía un jóven, estudiante de derecho, gran aficionado á tirar de la oreja á Jorje, y que todos los días, á la hora de la comida, nos contaba cosas extraordinarias de cierta casa de unas señoras amigas suyas, donde solía pasar las mas de las noches, y en la cual debía gozar grandemente, á juzgar por los elogios que nos hacia de los y las concurrentes á la misma, y por lo bien que le daba el naípe, para dar dos ó tres golpes y armarse, ganando para el gasto diario una cantidad modesta, pero suficiente.

Y tanto y tanto nos hablaba de la tal casa, que una noche dióme gana de acompañarle, con objeto de aprender algo y observar lo que allí hubiera de curioso, que parecíame que no había de ser poco.

A las doce de la noche, que antes no comenzaba la soíree, estábamos á la puerta de un piso tercero

de una casa, situada en cierta callejuela estraviada...

—Calle V., hombre! van a creer que es la policia...

No dejó de inquietarme la advertencia de mi compañero...

—Vá V. a llevarme una vaca, Paquito? preguntó una a mi compañero.

—Le llevaré a V. aunque sean tres....

—Calla! dije yo, esta señorita tiene ganado vacuno?

—Esta señorita y yo nos entendemos.

Y era verdad que él y aquella señorita se entendían.

—Chico, le dijo uno que entró en aquel momento, vengo de la otra partida, y he perdido en una fragata mi único capital.

Compadecióme profundamente la desgracia de aquel naufrago, y llevado de mi amor al prójimo, le pregunté:

—Y se ha salvado la tripulación?

—Mi compañero me tiró de la levita, y el de la fragata, sin contestar a mi pregunta, continuó:

—Yo era rey, porque es lo que mas me gusta ser.

Hiceme un poco atrás, eché una ojeada por aquel recinto, y me tenté la ropa para convencerme de que no estaba soñando; aquel hombre tenia facha de todo menos de rey.

—Y eso, continuó, que me va mucho mejor cuando soy caballo.

Separéme un poco mas, temeroso de que aquel animal me arrimara un par de coces, y porque, aun concediendo que fuera hombre como parecia, todas las señales eran de que tenia la razón vuelta del re-

vés; no de otra manera se comprendia que deplorase no haber preferido el pesebre al trono.

Mi compañero se separó al fin de aquel orate, y tomando mi brazo, me condujo a otro salon, donde habia gran número de caballeros alrededor de una mesa larga, cubierta con un tapete verde, sobre la cual se veian bastantes monedas de oro y plata, y algunos billetes de Banco.

En el centro se sentaban uno enfrente de otro, dos caballeros, que alternativamente barajaban las cuarenta cartas, y luego iban echando cartas hasta salir una igual a otra de dos que tenian vueltas sobre la mesa; y entonces echaban mano al dinero puesto al lado de la una, y pagaban las puestas de la otra, dando por un duro, dos, y dos onzas por una, y seis pesetas por tres pesetas, etc., etc.

Ya no quise saber mas; saqué un duro del bolsillo, y vueltas a colocar dos cartas sobre la mesa, púselo junto a un rey, que era mas rey que aquel amigo de mi compañero.

—Yo se lo llevo a V., me dijo un viejo, que estaba sentado junto a uno de los que barajaban.

—Hombre! ¡me gusta!... ¡Como si tuviera yo mi dinero para V!...

—Es que yo le mato a V., replicó el viejo, cogiendo el duro.

—¿V? ¿A mí?... ¡Por qué?... Pues hombre, ni en Sierra-Morena sucede lo que aquí....

Riéronse los circunstantes, y comenzó a tirar uno de los dos señores que he citado.

Salió la carta en que yo no habia puesto, y el viejo se guardó mi duro en el bolsillo.

Esto queria decir que yo habia tirado cinco pesetas a la calle.

Y se volvió a comenzar la operacion. Las cartas vueltas eran un as y un dos.

Saqué un napoleon, y lo puse al as: cuando el mozo que barajaba volvió la baraja para comenzar a tirar, apareció el as.

—En puerta! exclamó; y cogiendo los cuartos del dos, se dispuso a pagar los del as.

Y comenzó: —Treinta y entran.

—Aquí, contestó un señor muy gordo, que no hacia mas que limpiarse el sudor, y que parecia sentir grandes emociones en el juego.

—Medio duro; gana ocho reales.

—Siempre cobro en puerta, dijo un andaluz, con el sombrero sobre la oreja derecha, y que se entretenia en hacer sonar en la mano sendos napoleones.

—Una peseta!

—Mia! exclamó un pollo, que para jugarla se la habia pedido a otro.

—Un napoleon!

Este era el mio; puse la mano, y me dió el dis-

tribuidor de las ganancias un napoleon y una peseta diciéndome:

—Casará... ¿Quién se casa? pregunté.

—V., me contestó.

—¡Yo! Hombre, vaya V. al cielo; yo no pienso en eso, ni pensaré en mucho tiempo.

—Pues le debo a V. medio duro; no tengo suelto.

—Ah, bien! admito la deuda, pero rechazo el matrimonio.

Y vuelta a la misma faena.

Y salieron un siete y un cinco.

—El casado, ¿dónde va? preguntó el que barajaba, a quien oí llamar con asombro, banquero.

—Donde lo lleva su mujer, contesté yo; y todos se rieron grandemente.

—¡Vaya al cinco! repuso; y puso un napoleon en el centro de la carta.

—Echeme V. un siete, exclamó uno que debía de ser cesante, y que no sé por qué deseaba que le echasen un siete, pues tenia la capa llena de ellos.

—Es un cinco, dijo otro, que detrás del banquero, no quitaba ojo de la baraja.

Y así fué: —Casado! dijo el banquero; y nadie contestó.

Todos eran solteros por lo visto.

—Casado! volvió a decir.

—¡Yo! contestó una voz; y salió de entre muchas una mano que se llevó el napoleon que el banquero quitó del centro del cinco.

Pagó todas las puestas, y como yo creia haber ganado diez reales con los diez que se me debian, pregunté:

—Y lo mio?

—Se ha pagado, contestó el banquero.

—V. lo habrá pagado, pero yo no lo he cobrado.

—¿Quién ha cogido un casado que estaba aquí?

Profundo silencio.

—Otro muerto! dijo el que se sentaba enfrente del banquero citado.

—El señor ha tomado un casado.

—Pues era del señor.

—Nó, señor, que el casado soy yo, se apresuró a decir el acusado, —que lo diga el señor, añadió señalándome a mí.

—Y yo, ¿qué sé? V. será casado, no lo niego; buen provecho le haga.

—Se acabó la cuestion, dijo el banquero, si el interesado se conforma; pero advierto que esta noche se han levantado ya cuatro muertos, y que en probando a uno que los levanta, se le echará a la calle.

Confíesote, lector benévolo, que desde que entré en aquella casa, no cesé un momento de sudar; aquella atmósfera me sofocaba; aquellos hombres me pa-

ROMANCES POPULARES,

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

VII.

El Lujo.

De cuantas necesidades

el hombre tiene en el mundo,

hoy por hoy, la mas urgente

es la que se llama el lujo.

Todos queremos lucirnos,

y acreditar nuestro gusto,

y que todos queden, viéndonos,

admirados y confusos.

Quien tiene dos gasta cuatro,

gasta des quien tiene uno,

y quien nada tiene, gasta

lo ageno, que lo hace suyo.

Está en Madrid empleado

con poco sueldo don Justo,

gracias a que de su esposa

el jefe es primo segundo,

y cuando sale de casa

la esposa a lucir el busto,

todos exclaman al verla:

«Qué lujo! señor, ¡qué lujo!»

Cada vestido que gasta

cuesta lo menos cien duros,

y con la tela que tienen

todos sus vestidos juntos,

hacerse un toldo pudiera

de caprichosos dibujos,

para ponerlo en la plaza

de toros el mes de julio.

Tiene crédito en las tiendas,

lo toma todo por junto,

que en nada quiere meterse

el bendito de don Justo.

No hay funcion a que no vayan,

los dos toman baños rasos,

y un té dan el mejor dia

en pró del primo segundo.

Tambien el ministro tiene

un primo cuarto muy cuco,

y un dia le dá el empleo

del otro primo, y al punto

el nuevo jefe presenta

un primo de un primo suyo,

que a don Justo desaloja,

que está en España es lo justo,

y don Justo sin empleo

claro empieza a ver lo oscuro,

que es el déficit enorme

que le ha producido el lujo,

y en el libro de las Deudas,

que es el libro del gran mundo,

inscrito queda su nombre,

y ya nunca está seguro

de usureros y curiales,

de penas, citas y sustos.

Tuvo Mariquita padres

como cualquiera los tuvo;

—excepto los periodistas,

que no tenemos ninguno,

como con mucho salero

dijo ha poco un mozo crudo,

académico, ex-ministro,

y señor de muchos humos,

de la necia vanidad

creció la niña al arrullo,

y con las comodidades

y los caprichos sin número,

y la dañosa indolencia,

y la soberbia del lujo,

formóse la pobre al cabo

un carácter tan adusto,

tan egoista y despótico,

que a no ser por su peculio,

no hubiera hallado un marido

ni aquí ni en San Petersburgo;

pero gracias a que el padre

soltó sendos pesos duros,

halló marido, y muy guapo,

y muy gracioso, y muy tuno,

que la dejó en poco tiempo

madre, sola y sin recursos.

Todo lo perdió la triste,

menos el amor al lujo,

y hoy del mundo ya no espera

mas que el pan amargo, y duro,

y el lecho de un hospital

para sus momentos últimos.

Casó don Pedro con una

señora de clase y rumbo,

cuya familia descende

del mismísimo Ataulfo,

y en cuyas armas se ven

en campo azul cuatro buhos,

una mano de mortero,

dos calderas, un embudo,

un alcornoque, un cedazo,

un par de orejas de rucio,

y en un escudo este mote:

«Mas noble que yo ninguno.»

Don Pedro estaba vestido

como lo prescribe el uso,

y lo manda la decencia

desde que Eva tuvo el gusto

de comerse la manzana

que le dió un reptil inmundo,

y tenia algunos seguros

en empresas de Seguros,

con la cual ya se creia

—¡pobre don Pedro!—seguro,

y cobra del gobierno

algun dinero, no mucho....

Y hoy que llevará casado

un par de años a lo sumo,

dicen todos, y él lo dice,

que está el infeliz desnudo,

y que no tiene mas cuartos

ni en Seguros, ni en seguros

que los cuartos que el reloj

dá cada quince minutos.

(Concluirá.)

recian locos escapados de sus jaulas, y reunidos allí por un capricho de la casualidad.

El uno decía que era rey, el otro, á voz en grito exclamaba: «¡Soy caballo!» aquel preguntaba muy serio: «¡Hay gallo?» y este se levantaba diciendo: «¡Otro talla!» y uno mas allá gritaba: «¡Burlote!» y uno aquí exclamaba: «¡Quién me lleva una vaca?» y otro gritaba: «¡Mamarán!» y todos hablaban á un tiempo, y una de las dueñas de la casa trataba de imponer silencio, y recomendaba que todas las cuestiones se decidiesen con la mayor brevedad posible; porque si no, se perdía el tiempo;—y por lo visto lo que allí les convenia era que se perdiera el dinero.

Y no fué malo que me evitaron el triste espectáculo de ver levantar los cadáveres de los infelices á que aludia el hiperbólicamente llamado banquero, —porque nunca he tenido valor ni para ver hacer una sangría, y una vez que fui miliciano voluntario por fuerza, y me pusieron de centinela en la Punta del Diamante, pasé un miedo que en dos meses no me salió el susto del cuerpo.

Pero cuando mi asombro llegó al extremo fué cuando vi entrar en el salon y tomar asiento entre aquellos hombres á todas las señoras y señoritas, que hasta aquel momento habian permanecido en la sala del piano. Sentáronse otros dos señores á tallar, segun me dijeron, lo que me hizo temer un instante que me obligaran á entrar en quinta, á pesar de haber pasado de la edad que la ley señala, —y todos los concurrentes, excepto algunos que habian ido sin dinero ó que allí lo habian dejado, se dispusieron otra vez á comenzar la escena que muy ligeramente he bosquejado, porque ahora, —que entran las señoras, —la pintaré con todos los detalles y con la posible exactitud.

Entretanto, confieso que yo fui allí uno de tantos; que yo tambien me dispuse á jugar el dinero, con el afán de duplicar, si era posible, mi capital; ilusión que arrastra infaliblemente á todos los que ponen el pié en una casa de juego, ilusión que llega á embaragar todas nuestras facultades y que inutiliza á muchos hombres que, sin ella, no vivirian oscuros, miserables y quizá despreciados y envilecidos.

(Se continuará.)

CASCABELES

Esto oímos en los Campos Eliseos:

- Mujer, dame los gemelos.
-Para ver el baile y las bailarinas no se necesitan gemelos.
-Peró, mujer.
-Nada; los gemelos son para ver los leones y los toros.

-¡Ay! ¡la balanza! ¡quieres que nos pesemos, marido?

-¡Para qué?... Ya sabes que no hay hombre que pese menos que yo, que no tengo un cuarto, ni mujer que pese mas que tú.

FELICITACIONES

San Juan.

Don Juan Bravo Morrillo, Dios te bendiga, te aumente los dineros y la barriga, y en muchos años no tengas ocasiones de reformarnos.

Señor don Juan Emprimado, Dios conserve tu persona, y adios... hasta la encerrona! para que te has emplazado

Juan de la Pez Suela, veo que estás por los versos chocho, y mejor te está ese empleo que aquel tan lúgubre y feo del año cuarenta y ocho.

Ramon, por lo inocentón, y por bueno como el pan, debieras llamarte Juan y no llamarte Ramon.

De los nombres que te dan, ninguno yo darte quiero, mi querido Baldomero, mas que el nombre de San Juan.

LOGOGRIFO.

En mis seis letras encuentras lo que pongo aquí al momento, un constipado que acaso te llevará al cementerio, un as y lo que prefieres si te gusta el vino bueno, un hombre que es muy pesado, lo que suelo hacer comiendo, un vicho muy enfadoso que es del hombre compañero, una fiera, lo que tiene de bobo cualquier empleo, lo que es un señor ministro mientras dura el ministerio, un nombre propio, una efigie que en Semana Santa vemos, una letrita, la gracia que tienen muchos ingenios, el café que en los cafés no puedes jamás ni olerlo, lo que te dá ver las calles que cuida el ayuntamiento, el título de un señor que dá bailes y conciertos, lo que usan los dibujantes y tambien los arquitectos, una cosa que te he dicho, lo que siempre es mas que menos, un juego bastante antiguo, un enfermo y un talego.

- Viene V. á los Campos, señor Kraskoski?
-Yo soy polaco, caballero.
-Y eso, ¿qué importa?
-Que no voy.
-¿Por qué?
-Porque me van á precipitar de la montaña rusa.

Los Campos Eliseos estarán muy concurridos. Allí no es posible aburrirse, y esta circunstancia es suficiente para que los vecinos de Madrid, que tanto nos aburrimos con la política y otros excesos, busquemos con afán la ocasión de distraernos.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior

Es de figura... tal cual, y es muy listo y despejado, pero nunca me ha gustado don Cándido Necedal.

La señora de siempre.

Apenas se abrieron los Campos Eliseos, hubo en aquellos mares un naufragio. Una de las barcas volcó el sábado, dando en el agua con varias personas, entre las que nos han dicho que se contaba una poetisa, que ya es poetisa pasada por agua.

Parece que se proyecta establecer una sociedad de seguros que asegurará la vida y la ropa de los navegantes de los Campos Eliseos.

Creemos que la empresa debé vigilar mucho la parte marítima de aquel delicioso sitio, que no faltarán mal intencionados que quieran asustar á las señoras y se embarquen con objeto de hacer alguna chuscada.

Solucion á la charadita inserta en el número anterior.

Propongo que las jamonas que aun tenemos un buen ver, formemos en esta corte al momento un Comité.

La señora de siempre.

En los primeros días del mes próximo quedará en poder de todos nuestros suscritores, á quienes corresponda, el regalo del nuevo trimestre.

En los Campos Eliseos se vá á dar una corrida de becerros, en la que tomarán parte varios conocidos jóvenes de la aristocracia y algunos escritores. ¡Qué nos place ver á la literatura empeñada en tan provechosa empresa!

Ya han salido dos periódicos nuevos, La Riqueza española y Las Avispas, y se anuncia otro titulado

El Pais, y con la nueva ley de imprenta no serán menos de veinte ó treinta los periódicos nuevos que vengán á probar fortuna.

Para los hijos de nadie si es ministro Necedal, en Inclusa, segun dicen, los Campos (1) convertirá.

En Carabanchel se vá á construir un teatro. La primera piedra del teatro Español debe haberse estraviado.

Con el mismo calor con que tomamos los proyectos, los abandonamos luego.

CHARADITA.

La primera no la digo, la segunda llevo en mí, de la segunda y la tertia las piedras suelen salir, y de las horas canónicas es prima y tercera, en fin, y en el todo está, lectores, de los empleos el quid.

En Barcelona ha sido extraordinariamente aplaudido el drama de nuestro amigo Garcia Gutierrez, Venganza catalana, interpretado por Matilde Díez, Adela Álvarez, los hermanos Catalina y Pizarroso. Estos artistas, conocidos y apreciados ya en la capital del Principado, han sido recibidos de la manera mas galante y lisonjera.

(1) Eliseos.

NUEVO REGALO

Á LOS SUSCRITORES DE EL CASCABEL.

EL CASCABEL, cada dia mas agradecido al favor que el público de Madrid y provincias le dispensa, y siguiendo su costumbre de hacer cada tres meses un obsequio á sus suscritores, vá á regalarles en el presente mes de Junio un tomo, que ya está en prensa, y que contiene seis leyendas en prosa, con este título:

HISTORIAS TRISTES.

escritas por D. Carlos Frontaura.

Este tomito, elegantemente impreso, vale mas de los 6 reales que cuesta la suscripcion de tres meses á EL CASCABEL.

CONDICIONES DE ADQUISICION.

Los señores suscritores, cuyo abono haya terminado en Mayo, ó termine en fin de Junio, recibirán gratis, lo mismo en Madrid que en provincias, el libro titulado Historias tristes, si renuevan su abono por tres ó mas meses antes del 30 de Junio actual, remitiendo su importe, á razon de 6 rs. por trimestre. Ven libranzas, ó sellos, si no pudieran adquirir libranzas, á la Administracion de EL CASCABEL, Jardines, 11.

Los suscritores actuales por seis meses y por un año tienen derecho á recibir el libro.

Los suscritores nuevos que quieran recibir el libro que anunciamos, deberán remitir por los tres meses de suscripcion 3 rs., es decir, que les damos el libro por 2 rs.; los que se suscriban por seis meses remitirán solo 13 rs., es decir, que no pagarán mas que Un Real por el libro.

Los suscritores nuevos que lo sean por un año recibirán gratis el libro.

Solo nos resta añadir que el libro Historias tristes, es un libro moral á la par que ameno y entretenido, y que el padre mas celoso de los buenos principios de sus hijos puede estar seguro de que en su lectura no hay riesgo alguno.

La edicion será limpia y elegante. Suplicamos á nuestros favorecedores no demoren la renovacion de sus abonos, para poder calcular la tirada que hemos de hacer del libro que les ofrecemos, y que remitiremos puntualmente á principios del próximo mes.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.